

VAN DIJK, TEUN A. (comp.). (2000). *El discurso como estructura y proceso. Estudios del discurso: introducción multidisciplinaria, vol. 1*. 507 pp. Barcelona: Gedisa. ISBN: 84-7432-714-8

1. Introducción

Tres años después de la aparición en inglés de *Discourse Studies: A Multidisciplinary Introduction* (Van Dijk, 1997), se publica la traducción al español de sus dos volúmenes: *El discurso como estructura y proceso* y *El discurso como interacción social*, ambos compilados por Teun van Dijk. La obra busca ser una introducción plural al aún nuevo campo de los estudios discursivos, dominio transdisciplinario cuya relevancia en el ámbito científico y social ha sido creciente en las últimas décadas, como puede advertirse, entre otras actividades, por la formación de revistas especializadas, sociedades científicas y programas de postgrado. Con este objetivo, el compilador, una de las figuras más influyentes en el campo, ha reunido a una vasta gama de autores provenientes de las ciencias sociales y las humanidades, promoviendo el trabajo conjunto entre investigadores consagrados y discípulos. En líneas generales, los capítulos, aunque en grado diverso, se abocan a problemas específicos de los estudios del discurso, trascendiendo la mera exposición de ideas recibidas para sustentar, de manera argumentativa, ciertas tesis. Es encomiable que en esta tarea los autores normalmente expliciten su perspectiva junto con adecuar el lenguaje y los conceptos a la amplia audiencia a la que se dirige este libro.

Por su actualidad y por el carácter no sólo sintetizador sino también propositivo de sus artículos, la obra es adecuada tanto para quienes se introducen en el campo —sea en el marco de un curso específico o de manera autodidacta—, como para quienes ya investigan en alguna de las disciplinas pertinentes y desean conocer el desarrollo de otras orientaciones en los últimos años. La lectura de autores avalados por una larga experiencia y comprometidos con posturas teóricas y metodológicas sólidas pero no siempre consensuales brinda una satisfacción difícil de hallar en esos textos que, de modo aséptico, presentan un “estado del arte” sin mayores conflictos.

El primer volumen, que será objeto de la presente reseña, se centra en las estructuras del discurso y los procesos cognitivos implicados en su uso. El segundo, por su parte, se focaliza en el papel del discurso en la interacción social. Si bien, como el propio compilador señala, la dicotomía recoge la distinción tradicional entre, por un lado, el estudio del discurso en las humanidades y la psicología y, por otro, su estudio en las ciencias sociales, las fronteras indicadas se desdibujan en la lectura puesto que la obra en su conjunto se inspira en una concepción general del discurso como fenómeno textual, cognitivo y social, es decir, como un objeto cuya caracterización requiere de la confluencia de los estudios del lenguaje, la mente y la sociedad. Como se verá

más detalladamente al revisar los diferentes capítulos del volumen reseñado, esto no significa meramente que los discursos deban describirse en tres capas superpuestas, sino, más bien, que cada una de estas dimensiones debe investigarse en relación con las otras.

Si bien existen en español, ya sea como traducciones o como textos escritos originalmente en castellano, otras introducciones al "análisis del discurso" o a disciplinas relacionadas, la obra compilada por Van Dijk destaca por diversos factores, además del ya mencionado enfoque tridimensional del discurso. A diferencia del *Curso de Lingüística* del texto de Coseriu (1983) o de la *Introducción a la lingüística* del texto de Bernárdez (1982), la obra que comentamos no se limita a los enfoques textuales nacidos en la lingüística, específicamente alemana, sino que intenta presentar un campo genuinamente transdisciplinario, centrándose, fundamentalmente, en los aportes de corrientes de matriz anglosajona.

Más próximo resulta el *Curso de lingüística para el análisis del discurso* de Beatriz Lavandera (1985), libro que muestra en español un proyecto análogo al texto coetáneo de Coulthard (1985), esto es, la presentación de una nueva interdisciplina cuyas diversas corrientes se abocan al discurso como fenómeno caracterizable no sólo a partir de sus propiedades lingüísticas sino también de las sociales y, en menor grado, las cognitivas. Sin embargo, mientras esas publicaciones todavía apuestan por enfoques que surgen desde la lingüística o que rápidamente son cooptados por esta y que tienen por objeto la caracterización de un nivel del lenguaje, la obra que se reseña nos muestra más bien una comunidad de investigadores de diversa procedencia que, si bien pertenecen a distintas disciplinas, comparten un objeto básico y ciertos principios normativos. En este sentido, la imagen del campo que se muestra en ella es mucho más heterogénea; de ahí, pensamos, lo adecuado que resulta hablar de "estudios" y no "análisis" del discurso¹.

Esta misma pluralidad disciplinaria separa la obra de Van Dijk de otros dos textos, verdaderos clásicos de la década de 1980, que han visto aparecer recientemente sus traducciones al español y que, si bien consideran aspectos sociales y cognitivos, se limitan a modelos que caracterizan el discurso como unidad lingüística. Nos referimos a las obras de Brown y Yule (1993) y de Beaugrande y Dressler (1997), de gran impacto en el desarrollo del campo. Por supuesto, la diferencia también podría obedecer a que los libros anteriores fueron escritos hace dos décadas y que en los últimos años ha habido una mayor conciencia del carácter transdisciplinario de los estudios del discurso. No obstante, aun hoy pueden escribirse introducciones de corte lingüístico al análisis del discurso, como muestra la reciente obra de Calsamiglia y Tusón (1999). El problema no es sólo de actualidad: se trata de la diferencia entre, por una parte, proyectos que dan cuenta de una nueva provincia de los estudios lingüísticos y, por otra, un proyecto que traza la cartografía de un territorio donde confluyen diversas disciplinas e interdisciplinas.

2. Los capítulos

El primer volumen consta de doce capítulos que tratan desde los fenómenos lingüísticos y retóricos del discurso hasta las representaciones mentales y el papel del discurso en la construcción social de la realidad, intentando, como se ha señalado, caracterizar los aspectos estructurales y procedimentales implicados en el discurso en uso. En general, todos los capítulos presentan un breve estado del arte; defienden, como ya se ha indicado, una tesis, e incorporan un conjunto de lecturas recomendadas, muchas veces acompañadas de presentaciones sumarias. Además, ilustran los modelos o métodos expuestos a través de ejemplos de análisis específicos, la mayor parte de ellos sobre textos en inglés (en uno solo de los capítulos se analiza un texto en portugués de Brasil y no existe ningún ejemplo relevante en español). A continuación revisaremos con más detalle cada uno de los capítulos, deteniéndonos mayormente en aquellos que nos han parecido más interesantes.

2.1. El primer artículo, "El estudio del discurso" (pp. 21-65), escrito por el mismo Van Dijk, sirve de introducción a ambos volúmenes, informando, sintéticamente, tanto de los ámbitos de estudio como de los principios normativos subyacentes a la comunidad de investigadores. Junto con ello, el capítulo precisa el alcance del término "discurso" en el campo y caracteriza este dominio transdisciplinario, destacando las tres dimensiones básicas ya expuestas (lingüística, mental y social), que han dado lugar a diversas líneas de investigación, y señalando como sus objetos básicos la conversación y el texto en contexto. Una breve mirada histórica al surgimiento del campo a partir de disciplinas como la etnografía de la comunicación, la semiótica, la gramática del discurso y la psicología discursiva, entre otras, lleva a concluir que éste se ha desarrollado en el marco de un conflicto constante entre diversidad e integración.

De acuerdo con Van Dijk, múltiples principios normativos informarían el campo: el estudio preferente de textos y conversaciones naturales; la consideración de los contextos; la atención al discurso como conversación y como práctica social de los integrantes de un grupo; la tendencia a estudiar la categorización de los propios miembros de las comunidades (Pike 1967, enfoque "émico"); el reconocimiento del carácter secuencial del discurso (que fuerza a la existencia de procesos *on-line*); la adopción de alguna variedad de constructivismo; el reconocimiento de niveles y dimensiones de análisis; la consideración de los sentidos y funciones del discurso y al interior de éste; la idea de que el discurso constituiría una conducta gobernada por reglas; el reconocimiento del empleo de estrategias mentales e interaccionales por parte de los usuarios; y la creciente conciencia del papel fundamental que desempeña la cognición social. Ciertamente, no todos estos principios han operado con la misma fuerza y algunos podrían discutirse, al menos teóricamente, como ocurre con la idea de que el discurso obedece a una conducta

gobernada por reglas: tal y como los lingüistas cognitivos han señalado en relación con la gramática oracional, es posible que el discurso pueda operar con otros tipos de representación mental sin apelar, en estricto sentido, a reglas. Por otro lado, es interesante destacar el papel que el autor asigna a la cognición social como mediadora entre el discurso y la sociedad: repetidamente Van Dijk ha señalado que las estructuras sociales no influyen directamente en el discurso sino a través de la cognición. Aun cuando no todos los artículos obedecen a un enfoque propiamente mentalista (véase el capítulo 12 de Condor y Antaki sobre cognición social y discurso, para una visión postmentalista, si cabe usar el término, y el 10 de Kress, Leite-García y van Leeuwen, para un enfoque más próximo al estructuralismo), en general se reconoce el papel causal de las representaciones y los procesos mentales en el uso del discurso.

2.2. El segundo capítulo, "La saga del análisis del discurso" (pp. 67-106), escrito por Robert de Beaugrande, intenta ubicar el análisis del discurso en el marco general de la lingüística, proponiendo la disciplina como un nuevo estudio del lenguaje que trasciende los límites del programa estructuralista y del generativista. Indicando que la ciencia del lenguaje debe dar cuenta tanto de la conducta observable ("mapas externos") como de lo que las personas piensan y creen ("mapas internos"), se critican los enfoques tradicionales, señalando que la organización del lenguaje no depende sólo de aspectos "lingüísticos" (especialmente la sintaxis) sino también del conocimiento de mundo y social de los hablantes. Esta posición recuerda los capítulos de la obra clásica de Voloshinov/Bajrín, que, a principios del siglo XX, se oponía a lo que denominaba el "objetivismo abstracto" del entonces emergente estructuralismo (Voloshinov, 1976), aun cuando de Beaugrande no se refiere a este texto².

La crítica al estudio, por así decirlo, intralingüístico y formalista del lenguaje, no se queda en de Beaugrande en una afirmación de lo maravilloso de la diversidad (véase Tannen, 1990). A juicio de este autor, el camino para reconectar el lenguaje con el conocimiento de mundo y social pasa por el trabajo con datos auténticos, no inventados (uno de los principios normativos del campo, como ya se ha expuesto). Específicamente, se propone que esta reconexión es posible a través de la "lingüística de los grandes corpora", que permite observar que el lenguaje constituye un sistema integrado con los conocimientos de mundo y sociales de los hablantes, gracias a los aportes de la revolución informática y los correspondientes avances en las técnicas de registro y análisis de datos (equiparables a los que significaron el microscopio o el telescopio en otras ciencias).

Junto con propiciar un análisis del discurso que opere sobre extensos datos, de Beaugrande postula una disciplina que rompa con el tradicional compromiso con los sectores dominantes que tuvieron en sus orígenes los estu-

dios del lenguaje. En efecto, si desde los comienzos de las ciencias del lenguaje, y hasta hoy, las gramáticas tradicionales (*i.e.*, normativas, para de Beaugrande) han sido un instrumento de dominación, el autor propone un análisis del discurso comprometido y que encare la “crisis de conocimiento”, la “crisis de la comunicación” y la crisis material de nuestros días, generando estrategias progresivas, de largo plazo y “constructoras de recursos”: una disciplina capaz de transformar las prácticas discursivas en prácticas progresistas. Para ello, se propone trabajar en el marco de la ideología ecologista como opuesta a la consumista, lo que permitiría seguir programas transdisciplinarios concurrentes tanto en lo cultural (promoviendo discursos que apoyen la consolidación de grupos culturales, el respeto mutuo y el multiculturalismo), como en lo social (estudiando el discurso en los procesos de socialización), lo cognitivo (centrándose en el acceso y uso del conocimiento) y lo lingüístico (propiciando estrategias para el uso progresista de los recursos del lenguaje).

Lamentablemente, de Beaugrande no desarrolla su idea de un análisis del discurso fundado en la ideología ecologista, por lo que no queda claro a quien lee por qué razones la disciplina debiera adscribirse a un sistema ideológico y no a otro. En América Latina, el progresismo y la defensa de los excluidos se han desarrollado en el marco de reflexiones sobre temas como los derechos humanos, la pedagogía popular o el cristianismo de base; en otras regiones, versiones del budismo han propugnado una vida más consciente de los otros y de la naturaleza. El feminismo y también nuevos enfoques en las ciencias humanas y sociales han contribuido a un mayor respeto de la diversidad y han criticado el empleo abusivo de la técnica e incluso la razón. Quizás un análisis del discurso progresista más que adscribirse a una ideología específica debiera propugnar el pluralismo ideológico. En todo caso, de Beaugrande no aporta argumentos en favor de la tesis expuesta en el capítulo. Tampoco, a diferencia de la mayoría de los otros ensayos, entrega una lista de lecturas sugeridas.

2.3. El tercer capítulo, “Semántica del discurso” (pp. 107-170), escrito por Russell S. Tomlin, Linda Forrest, Ming Ming Pu y Myung Hee Kim, parte reconociendo la complejidad del fenómeno en estudio, toda vez que éste depende de la interacción de procesos lingüísticos y no lingüísticos, tal y como había señalado de Beaugrande. Contra la conocida metáfora del lenguaje como conducto (Reddy, 1979), los autores proponen una visión que otorga un papel más activo al destinatario y presenta el significado discursivo como una construcción o interpretación que implica procesos sociales y cognitivos de creación y comprensión, que van desde los más automáticos y de menor costo cognitivo, como las codificaciones morfosintácticas, hasta los menos automatizados y más costosos cognitivamente, como la planificación y las inferencias. En este marco, dos problemas emergen: el de la integración del conocimiento, esto es, la incorporación de la información semántica provista por ca-

da emisión en una totalidad discursiva globalmente coherente, y el de la gestión de la información, es decir, el manejo del flujo informativo entre hablante y oyente en una interacción dinámica que ocurre en tiempo real.

La problemática de la gestión de información se centra en el papel del hablante como guía del oyente e implica cuatro temas centrales: la gestión retórica, que trata de procesos asociados a propósitos y metas; la gestión temática, la gestión referencial y la gestión del foco, que tiene relación con los esfuerzos por destacar, enfatizar y dirigir la atención del oyente a ciertos referentes y proposiciones. Todos estos aspectos determinan el flujo de la información, organizados respecto de tres niveles de discurso: coherencia global, coherencia episódica y coherencia local.

Visto desde la perspectiva del hablante, la caracterización de la integración del conocimiento en el discurso requiere de un modelo que, partiendo de las representaciones conceptuales o modelos mentales, culmine en un discurso multiproposicional coherente en cuya construcción hayan participado las cuatro gestiones que determinan el flujo de información. Si bien, según los autores, tal modelo no existe, se adopta un esquema del hablante basado en el modelo de Levelt, que distingue una representación conceptual no necesariamente proposicional; un conceptualizador que genera un mensaje preverbal y articula las gestiones de información, y un formulador de emisiones que genera el *input* del articulador.

Desde la perspectiva de la comprensión, el problema radica, fundamentalmente, en modelar el paso de las representaciones textuales a la representación conceptual o modelo mental, dando cuenta del uso que hace el oyente de información lingüística (morfosintáctica) y no lingüística (implicaturas e inferencias). El capítulo revisa dos modelos de integración del conocimiento en la comprensión: el de construcción de estructura de Gernsbacher, según el cual el oyente busca construir una estructura informacional del discurso, y el de construcción e integración de Kintsch, que propone una primera etapa de formación de una red de proposiciones correspondiente a la base de texto seguida de una segunda fase de edición en que se incorpora el conocimiento de mundo. Del análisis sumario de ambas propuestas se desprende la necesidad de un modelo más amplio capaz de tratar eficazmente el papel de la morfosintaxis en la integración del conocimiento, considerar la relación entre representaciones textuales y conceptuales y caracterizar el uso dinámico del lenguaje y la conceptualización. Los dos modelos sintetizados se presentan también en el capítulo 11 sobre cognición; sin embargo, no se informa al lector de esta situación ni, menos aún, se aprovecha de establecer un diálogo entre ambos artículos.

La exposición más detallada de los cuatro tipos de gestión de información lleva a los autores a presentar diversos modelos y enfoques que han sido relevantes en el campo. Así, al tratar la gestión referencial se discuten y ordenan —con una claridad que el lector interesado agradece— las diver-

sas conceptualizaciones de la oposición entre información dada y nueva. Del mismo modo, al tratar la gestión temática se precisan los conceptos de tópico y tema, distinguiendo entre el asunto que trata la oración, el punto de partida de ésta y su centro de atención. Otros aspectos como la dicotomía prominencia/trasfondo y los tipos de foco son revisados también por los autores.

El capítulo expone sumariamente, además, distintas estrategias metodológicas utilizadas en el análisis del discurso, a saber, la introspección, los recuentos en textos y los experimentos y cuasiexperimentos. Interesante resulta la distinción entre estas dos últimas, pues nos muestra que metodologías como la empleada por Berman y Slobin (1994) para recolectar narraciones a partir de un input narrativo visual (*i.e.*, no lingüístico) no se consideran experimentales ya que no manipulan las variables. Por supuesto, conservan, sobre las metodologías experimentales de laboratorio, la ventaja de su mayor validez ecológica.

De acuerdo con los autores, en el futuro próximo los estudios de la semántica del discurso se caracterizarán por la integración de las ideas de la psicología cognitiva, el desarrollo de estudios de corte neurocientífico y el aumento de la colaboración entre los estudios de campo y los de laboratorio. El desarrollo de los enfoques cognitivos de la semántica del discurso ya ha tenido cierto éxito, transformando o redefiniendo distintas categorías discursivas, como el foco, en términos cognitivos, como la dirección de atención. Al igual que en el capítulo anterior, en éste tampoco se sugieren lecturas que permitan profundizar en el área.

2.4. El capítulo 4, "El discurso y la gramática" (pp. 171-205), de Cumming y Ono, presenta la relación entre discurso y gramática desde un enfoque discursivo-funcional de la gramática que ve en el discurso la fuente desde donde ésta emerge. Para estos autores, los patrones recurrentes en el discurso dan origen a la gramática de una lengua. Este capítulo puede verse como el reverso del anterior, pues mientras el capítulo 3 observaba cómo la morfosintaxis influía en la semántica del discurso, el presente ensayo muestra cómo las propiedades discursivas influyen en las construcciones y categorías gramaticales.

Los enfoques discursivo-funcionales de la gramática poseen dos objetivos, uno descriptivo y el otro explicativo. En cuanto al primero, buscan establecer las funciones de las alternancias gramaticales y léxicas de una lengua; en lo que respecta al segundo, intentan responder por qué las lenguas poseen ciertos recursos estructurales y funcionales, lo que se relaciona tanto con la tipología lingüística como con los universales lingüísticos. De acuerdo con los autores, existen tres clases de explicaciones funcionalistas interrelacionadas: las cognitivas, las sociales o interactivas y las diacrónicas, vinculadas estas últimas a la teoría de la gramaticalización.

Tras revisar sumariamente los antecedentes del funcionalismo contemporáneo en diversos autores (p. ej., Firth 1968, Halliday 1985, Bolinger 1952, Pike 1967 y la Escuela de Praga³) y la influencia recibida de disciplinas próximas como la antropología y la psicología, el texto caracteriza metodológica y conceptualmente esta corriente que, como se sabe, abarca posiciones tan diversas como las del funcionalismo más bien radical de Erica García (1975), el funcionalismo de orientación más cognitivista de un Givón (1995) o la gramática emergente de Hopper (1988). Más allá de sus divergencias, los funcionalistas se distinguen por el uso de datos tomados de la realidad, es decir, no inventados; la consideración del contexto lingüístico y extralingüístico, y el estudio de frecuencias en los textos. Estos principios, compartidos, como puede observarse fácilmente, con los estudios del discurso en general, explican la adopción de metodologías cuantitativas y el estudio preferente del habla en interacción cotidiana por parte de quienes adhieren a este enfoque.

Dentro de los temas trabajados por el funcionalismo destacan, según los autores, el estudio del flujo de información en y a través de las cláusulas (el problema del “dinamismo comunicativo”); la relación entre el grado de explicitación de las formas referenciales y su nivel de accesibilidad; el orden de los constituyentes; la estructura argumental preferida; el papel de la actitud del hablante y de las intenciones de quienes interactúan conversacionalmente, y, de modo más general, la relación entre gramática y discurso, en el entendido de que “la gramática crea y refleja, de diversos modos, la organización de nivel superior de los textos” (p. 185). En la revisión de algunos de estos temas, el capítulo vuelve a tratar tópicos presentados en el artículo anterior, como el manejo local y negociado de la producción sintáctica. Lamentablemente, no se establecen relaciones explícitas entre ambos escritos, por lo que se corre el riesgo de que el lector pierda la posibilidad de contrastar un mismo fenómeno, como la tematización, desde dos perspectivas diversas (de la gramática al discurso en el capítulo 3 y del discurso a la gramática en el 4).

Finalmente, en un nivel más teórico, el capítulo expone el aporte funcionalista en la caracterización de las categorías analíticas de la gramática. Resulta interesante señalar en este punto que el funcionalismo lingüístico ha intentado caracterizarlas discursivamente, invirtiendo, por así decirlo, cierta mirada estratificacional del lenguaje que ve las categorías y procesos discursivos como posteriores a los oracionales. Estudios como los de Hopper y Thompson (1980) sobre la transitividad sugieren, en contra de la mirada tradicional, una base discursiva, contextual y cognitiva de fenómenos que anteriormente habían sido descritos apelando a propiedades autónomas de la gramática oracional. La consideración de las clases léxicas como categorías emergentes del discurso y la crítica de la categorización clásica en favor de enfoques como los de la teoría de prototipos permiten al funcionalismo dar cuenta de los fenómenos graduales, de los distintos estatus de los miembros de una categoría y de la tolerancia con que los interactuantes juzgan las

construcciones gramaticales, entre otros problemas comúnmente difíciles de abordar. A nuestro juicio, habría sido interesante presentar aquí algunos de los aportes de la lingüística cognitiva, orientación que, pese a sus diferencias metodológicas con el funcionalismo estricto, ha reflexionado sistemáticamente sobre la categorización prototípica en lingüística y ha formulado modelos para dar cuenta del lenguaje en uso. En un sentido amplio, también la lingüística cognitiva puede entenderse como una forma de funcionalismo, menos centrada en el discurso, por cierto, pero quizás más sistemática en sus reflexiones teóricas y en la formulación de modelos.

Más allá de sus logros, el funcionalismo no ha sido capaz aún, según los autores, de desarrollar un buen estudio del léxico y un modelo explícito y globalmente coherente que, considerando factores lingüísticos, cognitivos e interactivos, dé cuenta de la relación forma-función. A nuestro juicio, y como ya sugeríamos en el párrafo anterior, una síntesis que integre los aportes de la lingüística cognitiva podría hacerse cargo de estas tareas, posibilidad no explorada en el presente artículo. Específicamente, el "modelo basado en el uso" de Langacker (1988), y todo su proyecto de una gramática cognitiva, parece proveer un marco para integrar los hallazgos del funcionalismo. Recientemente, Givón (1995) ha criticado los extremos del funcionalismo y ha planteado un estudio más cognitivo del lenguaje que tenga en cuenta, además, los aportes de las neurociencias. Es posible que una convergencia entre cognitivistas y funcionalistas lleve a añadir algunas páginas a este capítulo en una futura edición, recalcando el papel que desempeña la mente como mediatizadora de las relaciones entre el lenguaje y la sociedad. El escrito concluye con una serie de lecturas recomendadas.

2.5. A los dos capítulos anteriores, los más estrictamente lingüísticos a nuestro juicio, siguen dos artículos que tratan versiones contemporáneas de ámbitos tradicionalmente vinculados con el discurso: el estilo y la retórica. El capítulo 5, "Estilos del discurso" (pp. 207-231), escrito por Barbara Sandig y Margret Selting, entiende por estilos los modos socialmente significativos y socialmente interpretados en que se usa la variación estilística como recurso de interacción escrita y oral. En términos más semióticos se trataría de un sistema señalizador. Si bien pueden distinguirse rasgos de estilo léxico (coloquial, estándar, etc.), sintáctico (elipsis, topicalización, etc.), fonológico y grafológico (la rima, las aliteraciones, etc.) y pragmático (encabezamientos de cartas, realizaciones concretas de los actos de habla, etc.), según las autoras el estilo obedece a la interacción de estas propiedades y opera en forma holística como una gestalt. En el ensayo se distinguen distintas funciones y, consecuentemente, significados de los estilos: expresión de actitud, autopresentación del hablante, adaptación de las actividades ante ciertos grupos y distinción de diversos tipos de actividades en una secuencia discursiva. Junto con ello, se reconocen estilos tipificados con relación a los géneros discursi-

vos, la variación social y regional, y las subculturas, cada uno de ellos ligado a algún estilo de vida más general de los sujetos y dotado de ciertos rasgos prototípicos. No obstante lo anterior, las autoras reconocen también que los estilos pueden emplearse estratégicamente; en otras palabras, que el hablante puede utilizar este sistema de señales de contextualización para sugerir ciertos marcos interpretativos específicos para su discurso.

Tras una breve presentación del campo de la estilística, surgido a partir de la elocutio de la retórica clásica, y después de dar ejemplos de investigaciones actuales en pragmática, lingüística textual y sociolingüística, el capítulo señala algunos campos de aplicación de los estudios del estilo, tales como la enseñanza de lenguas extranjeras, las clases de lengua materna, el discurso público y específicamente el político, la lingüística crítica y el discurso terapéutico. Recalcando el carácter holístico, estratégico e interaccional del estilo, el artículo concluye con una pequeña lista de lecturas recomendadas.

2.6. Ann M. Gill y Karen Whedbee son las autoras del capítulo 6, "Retórica" (pp. 233-270), que se inicia con un examen de las diversas definiciones de la disciplina. De esta revisión se desprende que las actividades esenciales de la retórica se sitúan en el campo político, y que la retórica trata el discurso calculado para influir sobre cierto auditorio con un fin particular, sea éste la persuasión de otros, la decisión sobre temas de la comunidad o la inducción de actividades cooperativas. Tras sintetizar la retórica clásica, centrada en los problemas de la composición, la enseñanza y el discurso político, las autoras presentan la crítica retórica contemporánea, que estudia la manera en que un texto refuerza, altera o responde a las opiniones de un público determinado o del tejido social de la comunidad. La retórica en la actualidad descansaría sobre una concepción relativista según la cual el modo en que hablamos del mundo afecta la manera en que lo vemos. A ésta, se uniría la conciencia de que el discurso puede ser empleado como un medio de dominación y opresión. Sobre este fondo común se desarrollan las dos escuelas de la crítica retórica. De una parte, están quienes buscan aumentar la apreciación de la importancia histórica de algunos textos retóricos, especialmente los discursos públicos; por otro lado, se encuentran los que se preocupan del modo a través del cual la retórica invita a la construcción o reconstrucción de sucesos y fenómenos.

De acuerdo con las autoras, el proceso de crítica retórica implica tres etapas fundamentales. Primero, la proyección de expectativas y predicciones textuales por parte del crítico, quien, a partir de su experiencia inicial, plantea preguntas de tres tipos: qué expectativas genera el texto, qué presenta el texto al público y qué características del texto resultan significativas. En un segundo momento, el crítico responde estas preguntas a partir de su conocimiento y el estudio detenido del texto. Finalmente, el crítico escribe su propio texto, de suyo retórico, donde plasma sus ideas de manera argumentati-

va. Esta suerte de nuevo círculo hermenéutico se ejemplifica presentando dos interpretaciones críticas distintas de un mismo discurso de Martin Luther King, su famoso "I have a dream", concluyéndose que en la retórica se interpretan texto y contexto a objeto de esclarecer su operación y sus efectos. El capítulo concluye con una recomendación de lecturas.

2.7. El capítulo 7, "Narrativa" (pp. 271-303), escrito por Elinor Ochs, nos presenta una concepción amplia de ésta concebida como un "género fundamental que organiza los modos en que pensamos e interactuamos unos con otros" (p. 271) y que se manifiesta a través de diversas formas discursivas. Centrado en las narraciones de experiencias, esto es, no ficticias, el texto de Ochs defiende una concepción social e interactiva de las narraciones, destacando no sólo el papel de los interlocutores, quienes a través de sus preguntas y comentarios participan de la autoría de las historias, sino también el del contexto en que éstas se construyen y el carácter heteromodal, el hibridaje y las relaciones de intertextualidad que les son típicos. El capítulo se centra en el estudio del "modo como las narraciones tienen sus raíces en sistemas culturales de conocimiento, creencias, valores, ideologías, modos de acción, emociones y otras dimensiones de orden social" (p. 276). Se trata de un proyecto de análisis cultural que incluye las actuaciones narrativas orales o cantadas, los cuentos míticos, las narraciones conversacionales de experiencias personales, la lectura de cuentos, su redacción, los chismes y rumores y los sucesos narrativos en el aula. En cada contexto, señala la autora, la narración adquiere significación respecto de una propiedad de la cultura local, orientándose, por ejemplo, a la autonomía o la intervención o cumpliendo una función moralizadora.

Siguiendo a Paul Ricoeur (1988) y tras observar la diversidad de opciones gramaticales que permiten codificar la dimensión cronológica de las narraciones en distintas formas discursivas, Ochs recalca que el tiempo narrativo es un tiempo humano, no de reloj: no se trata aquí del tiempo objetivamente mensurable sino de la aprehensión de ese tiempo por parte del sujeto. Los relatos nos permiten llevar al presente nuestros recuerdos del pasado, aportando un sentido de continuidad tanto al individuo como a la sociedad. Desde esta perspectiva, aun cuando las narraciones se refieren a sucesos pasados, ellas "son también siempre narraciones sobre el presente y el futuro" (p. 280), relatos que nos aportan nuevos modelos y posibilidades para el porvenir, incitando una preocupación por lo que vivimos y viviremos.

La propia noción de "tiempo experimentado", por otra parte, nos muestra que diferentes géneros narrativos pueden organizar un mismo texto subyacente, mientras que la comprensión de distintos dominios temporales dentro de una misma extensión del discurso sugiere, a juicio de Ochs, que el género corresponde más bien a una perspectiva respecto del texto y no a

un tipo textual preestablecido. Más que establecer correspondencias entre géneros específicos y secuencias narrativas, el enfoque propuesto intenta seguir los hilos genéricos que corren a través de un texto y determinar sus interconexiones.

La revisión más detenida de los relatos nos muestra que éstos tienen que ver con sucesos dignos de interés que son interpretados desde la perspectiva de un participante real o potencial. La trama permite estructurar estos sucesos en esquemas con sentido que articulan elementos circunstanciales en una configuración coherente organizada alrededor de un suceso excepcional, generalmente perturbador. En este sentido, para Ochs la trama puede entenderse como una teoría de sucesos que explica los hechos desde un punto de vista específico. No es casual que la autora cite, a este respecto, las contribuciones de Jerome Bruner para quien la narración es un instrumento básico de la psicología folclórica, una herramienta que nos permite comprender conductas inesperadas y sostener, por contra, la comprensión de lo que la cultura considera común y corriente. Los relatos, que nos hablan no sólo de las acciones sino también de la conciencia humana, resultan por ello poderosos mecanismos de socialización y educación que indican a los niños lo que es normal y apropiado en su cultura.

Tras esta caracterización profundamente humanista de las narraciones, y en la que el estudio del discurso dialoga no sólo con las ciencias sociales y humanas sino también con la filosofía, la autora se centra en los procesos de construcción de las narraciones, con especial énfasis en las que emergen en marcos conversacionales. Si observamos las narraciones sin descontextualizarlas de los procesos interaccionales en que éstas se producen, podemos entenderlas, siguiendo a Ochs, como un "medio discursivo para la exploración y resolución colectiva de problemas (...), [y] para instanciar identidades sociales y personales" (p. 297), en otras palabras, como una herramienta fundamental para la construcción del yo, el otro y la sociedad. Desde la posición del presente artículo, las narraciones, más que obra exclusiva de un narrador, son construidas colaborativamente en diversos grados y están, lamentablemente, sujetas como toda forma de discurso social a las desigualdades de poder comunicativo y conocimiento características de la sociedad contemporánea.

En síntesis, Elinor Ochs logra, en este capítulo, mostrarnos la relevancia cognitiva y social de las narraciones, su íntima imbricación con la cultura, el pensamiento y la organización de la sociedad, trascendiendo los estudios estructurales que proponen modelos autónomos de análisis como las gramáticas de las historias. En este sentido, la amplitud del proyecto esbozado, con sus implicaciones tanto para las ciencias del hombre y la sociedad como para la filosofía, no puede sino ser felicitada. Se echa de menos, sin embargo, una mayor atención a los aportes realizados en este dominio por científicos no anglosajones, como Adam (1985) o Genette (1980), quienes desde la lingüís-

tica y el análisis de la literatura han contribuido a una mejor comprensión de la dimensión interna de los relatos. Por otra parte, la autora no se detiene en los importantes hallazgos alcanzados por los estudios ontogenéticos de la narración. En efecto, no existe una sola referencia a la obra de Berman y Slobin (1994), por nombrar tan sólo el estudio más destacado en el campo, y temas como el desarrollo de la temporalidad o la causalidad en las narraciones no reciben la atención merecida. Con todo, el capítulo es apasionante, provocador y muestra una integración sorprendente y fecunda de diversas disciplinas y perspectivas. Como el anterior, y los que siguen, se concluye con una breve lista de lecturas sugeridas.

2.8. En el capítulo 8, "Argumentación" (pp. 305-333), Van Eemeren, Grootendorst, Jackson y Jacobs no sólo nos muestran una excelente síntesis del estado actual de los estudios pertinentes sino que también presentan una inteligente defensa de la teoría pragmatodialéctica, desarrollada por los propios Van Eemeren y Grootendorst (1992). Tras definir la argumentación como el empleo del lenguaje para justificar o refutar un punto de vista con el propósito de asegurar un acuerdo en las ideas, en el capítulo se distinguen dos objetos de estudio: las interacciones en que dos o más personas debaten o discuten y los textos que, como las conferencias o los editoriales, exponen una argumentación. Según los autores, una teoría adecuada debería hacerse cargo de ambos temas, caracterizando tanto el proceso de argumentación como los argumentos producidos en ese proceso. También debería incluir las cinco características centrales de la argumentación, a saber: que ésta puede producirse monológica o dialógicamente; que posee una estructura inferencial típica con unas proposiciones que aseveran y otras que las justifican o refutan; que los argumentos se refieren a asuntos debatibles; que se dan inmersos en actividades mayores, y que pueden contener falacias. Finalmente, debería hacerse cargo de dos problemas básicos: cómo reconciliar puntos de vista contrarios empleando el lenguaje y cómo lograr con la retórica que un auditorio concreto se aproxime a la posición de una audiencia idealmente racional.

Después de una breve sinopsis histórica en que se presentan las tres fuentes de la argumentación en la Grecia antigua (lógica, retórica y dialéctica), los autores exponen las perspectivas contemporáneas en la materia, a partir de los trabajos seminales de, por un lado, Toulmin (1958) y su racionalidad informal, y, por el otro, Perelman (1969) y su énfasis en la audiencia. Ambas corrientes comparten una visión interaccionista de los argumentos y un distanciamiento de la lógica formal que va aparejado a un énfasis en la situacionalidad de la argumentación. Junto con estas características, puede advertirse en los enfoques actuales una tendencia a la dialectalización, esto es, al estudio de la argumentación como un proceso en que dos sujetos intentan convencerse, y a la funcionalización, es decir, al énfasis en las relaciones funcionales entre los componentes del argumento (tesis, bases, garantía y respaldo). Especial-

mente en Toulmin (1958) la argumentación responde a procesos lógicos informales, dependientes de campo, cuya eficacia es juzgada a partir de parámetros pragmáticos vinculados a las máximas griceanas, en este caso, pertinencia, suficiencia y aceptabilidad.

La teoría pragmatialéctica, por su parte, se enmarca en este movimiento contemporáneo, observando la argumentación desde una perspectiva funcional e interactiva que define el argumento como un tipo de interacción que emerge en el contexto de otras actividades a partir de una diferencia de opinión. Por ello, la argumentación se entiende aquí en términos de procedimientos de discusión que consideran, también, las destrezas, actitudes y el poder de los participantes. En cuanto dispositivo discursivo, la argumentación permitiría regular el propio discurso y localizar y resolver las diferencias de opinión. Una característica relevante de este enfoque, según los autores, es su empleo de la teoría de los actos de habla y de los principios conversacionales de Grice (1975) con el objeto de conectar la organización del argumento con los principios generales que organizan el discurso y la interacción. La propuesta esbozada se ilustra con el análisis de los anuncios editoriales de una empresa de tabaco. Es interesante observar que tanto este análisis como el propuesto por el enfoque retórico sintetizado en el capítulo 6 del presente libro dan gran importancia a las exigencias del contexto.

Después de indicar los objetivos científicos del estudio de la argumentación, tanto desde una perspectiva descriptiva como prescriptiva y crítica, los autores presentan las aplicaciones prácticas fundamentales de estas investigaciones. Por una parte, ellas se proyectan a la pedagogía, con el fin de desarrollar la capacidad crítica de los sujetos, y, por otra, al diseño de procesos de discurso en el ámbito institucional y social. Tal y como el capítulo anterior, éste nos muestra una visión de la argumentación que trasciende el análisis formal, conectando el discurso argumentativo con los fenómenos sociales y la cognición. Los autores nos muestran que los estudios del discurso pueden incidir en el mundo, contribuyendo al cambio social.

2.9. El capítulo 9, "Géneros y registros del discurso" (pp. 335-371), escrito por Suzanne Eggins y J. R. Martin, presenta un enfoque específico en el dominio: la teoría de registro y género, derivada de la gramática sistémica de Halliday y enmarcada en los modelos de variación funcional. De acuerdo con ésta, el texto porta las influencias del contexto en que se produjo, de forma que las dimensiones del contexto (modo, tenor y campo) se proyectan en diferencias lingüísticas. Para esta teoría, al análisis detallado de la variación de las características lingüísticas del discurso, ha de seguir su explicación desde la variación del contexto.

Como resulta ya generalizado en el libro, los autores revisan los antecedentes de esta teoría en la lingüística anglosajona, deteniéndose en el contex-

tualismo británico de Firth (1968), las reelaboraciones que de éste formula Halliday (1985) y la etnografía de la comunicación de Hymes (1968), principalmente. En cuanto al estado actual de la teoría, se muestra cómo los diferentes tipos de significado propuestos por Halliday (interpersonal, ideativo y textual) son condicionados por las variables contextuales de tenor (estructura de roles), campo (acción social) y modo (organización simbólica) en el contexto del género. Finalmente, el capítulo concluye afirmando que, desde una perspectiva semiótico social, existen dos dimensiones fundamentales de variación textual. De una parte el registro, concebido ahora como contexto de la situación, y de otra, el género, entendido como contexto de la cultura. El texto se concibe como una construcción semiótica de significados sociales que realiza los tipos de contexto y los aspectos que los miembros de una cultura consideran importantes en distintas situaciones. Si bien la presentación del enfoque es clara, se echa de menos en este artículo una visión más amplia que plantee primeramente el problema del género fuera del marco de una teoría específica. La estrecha adopción desde el comienzo de un enfoque ligado al funcionalismo británico deja sin discutir las distintas propuestas que a este respecto se han formulado, lo que lleva a frustrar una expectativa razonable del lector.

2.10. Si los capítulos sobre semántica y gramática del discurso presentaban ámbitos de investigación maduros donde compiten teorías complejas, el capítulo 10 sobre "Semiótica discursiva" (pp. 373-416), escrito por Gunther Kress, Regina Leite-García y Theo van Leeuwen, nos muestra un campo al parecer aún en sus inicios, donde faltan teorizaciones sólidas propias y en el que la caracterización de los fenómenos resulta bastante más pobre. El artículo destaca la creciente importancia de los textos multimodales en nuestra cultura y, consecuentemente, la necesidad de desarrollar un análisis adecuado que dé cuenta no sólo del componente verbal sino también de las otras semióticas comprometidas (imagen, sonido, etc.). Lamentablemente, a nuestro juicio, este capítulo adopta una posición más bien estructuralista que concibe al texto como determinante significativo de las lecturas, distanciándose de los enfoques cognitivos que privilegian el papel de las representaciones y procesos mentales en el procesamiento discursivo.

De acuerdo con los autores, las fuentes de los estudios semióticos multimodales se encuentran en el estructuralismo francés y los estudios de estética y arte, entre otros. Aprovechando los aportes de estas investigaciones se propone una concepción semiótico-social de los textos multimodales que descansa sobre siete supuestos. Primero, que el procesamiento textual implica un conjunto de modos semióticos; segundo, que cada modo es un producto cultural con potencialidades representacionales y comunicativas específicas; tercero, que estos textos resultan coherentes en sí mismos; cuarto, que tanto productores como lectores ejercen cierto poder respecto del texto;

quinto, que ambos producen signos complejos que surgen del interés del autor; sexto, que este interés resulta de la convergencia de diversos factores contextuales; y finalmente, que el interés lleva a la selección de significantes apropiados para la expresión de los significados, en otras palabras, a una relación motivada o icónica. La concepción esbozada lleva a los autores a proponer que, si bien escritura y lectura son mecanismos de producción de signos, el texto es un determinante significativo de las lecturas que limita el poder del lector, con una intensidad que será mayor mientras menos poder comunicativo tenga el sujeto.

La última parte del capítulo presenta un marco analítico para los textos multimodales, en que se distinguen tres semióticas sociales: la del espacio visual, la del mundo representado y la de las relaciones sociales del espectador y la imagen. A partir de éste se analizan dos páginas finales de la revista brasileña *Veja*, proponiendo, posteriormente, una lectura crítica que considera no sólo la información verbal sino también la espacial. Tanto el análisis como la lectura apuntan a una interpretación social y política que no aporta mucho más de lo que haría, como reconocen los propios autores, un lector que ocupe una posición coherente, distanciada y diferenciada. Aun cuando los autores justifican la creciente necesidad de un análisis del discurso multimodal, el capítulo nos deja la impresión de que no se han desarrollado aún modelos complejos como los existentes para el discurso verbal. Todavía más, se echa de menos una discusión de problemas cognitivos tan centrales como la construcción de modelos de situación a partir de fuentes multimodales o el contraste entre procesamiento de información espacial y verbal. A nuestro juicio, habría contribuido a una visión más completa la consideración de proyectos integradores que, si bien no abordan específicamente el discurso, aportan marcos cognitivos generales. Nos referimos a propuestas como la de Landau y Jackendoff (1993), que plantean un nivel de representación espacial heteromodal accesible tanto por el lenguaje como por la visión, o como la teoría de los esquemas imaginísticos y las metáforas conceptuales de Lakoff (1987) y Johnson (1987) que intentan caracterizar el pensamiento en términos al menos parcialmente no proposicionales. Es precisamente la dimensión cognitiva la que resulta menos desarrollada en el enfoque propuesto, lo que, en nuestra opinión, le resta dinamismo y plausibilidad psicológica al modelo.

2.11. El capítulo 11 sobre "Cognición" (pp. 417-452), preparado por Arthur C. Graesser, Morton A. Gernsbacher y Susan R. Goldman, sintetiza los avances logrados por los estudios cognitivos del discurso, que, centrados en el procesamiento de esta unidad, proponen que "la mente humana construye en forma activa diversos tipos de representaciones cognitivas (esto es, códigos, rasgos, significados, conjuntos estructurados de elementos) que interpretan el input lingüístico" (p. 417). De acuerdo con los autores, la psicología cogni-

tiva formula teorías sobre la construcción y uso de estas representaciones en el marco de teorías generales de la cognición que caracterizan la memoria, el aprendizaje, la toma de decisiones, la resolución de problemas y otras facultades de la mente. En esta empresa, los psicólogos exploran los procesos mentales que construyen las representaciones y contrastan sus hipótesis con información experimental y de *corpus*.

El capítulo revisa el trasfondo y desarrollo del enfoque cognitivo desde los trabajos de la década de 1970, que estuvieron inspirados en teorías del discurso desarrolladas en otros campos como la lingüística del texto, la inteligencia artificial y la pragmática. Durante esta época primaron los modelos centrados en representaciones proposicionales, los que tuvieron su expresión quizás más clásica en el artículo seminal de Kintsch y Van Dijk (1978), que especificó un modelo de construcción de “estructuras textuales coherentes en una memoria de trabajo con capacidad limitada” (p. 422), distinguiendo niveles locales y globales de representación. El capítulo revisa, también, los modelos de guiones y el análisis de la información a partir de la dicotomía dado-nuevo, sin establecer relaciones, sin embargo, con capítulos anteriores de este volumen donde esta última línea se explora más detenidamente. Como señalan los autores, en esta primera etapa se privilegiaron las propiedades del texto explícito; sin embargo, el análisis de la intencionalidad permitió observar que con frecuencia había discrepancia entre el significado literal del texto y el intencionado. Más aun, los estudios fueron mostrando que la idea de que el significado literal se procesa antes que el figurativo o indirecto era, al menos, discutible, sugiriendo un papel mucho mayor del contexto en los procesos de comprensión.

En la exposición de los enfoques y problemas actuales del campo se presentan sumariamente, en primer lugar, dos de los modelos de comprensión de mayor influencia en la actualidad: el de construcción e integración de Kintsch (1974) y el sistema de producción colaborativo basado en la activación de Just y Carpenter (1987), ambos modelos híbridos puesto que integran las teorías simbólicas y conexionistas. El primero de éstos, como ya se ha señalado, se sintetiza también en el capítulo 3 sobre semántica del discurso. Posteriormente, tras distinguir entre teorías modulares e interactivas de la comprensión del lenguaje y procesos *bottom-up* y *top-down*, los autores se concentran en la construcción de representaciones coherentes durante la comprensión (*on line*), presentando el modelo de construcción de estructura de Gernsbacher, el que también se expone en el capítulo 3, como ya se indicara. Un lugar destacado tiene el contraste entre los modelos de derivación de inferencias en la comprensión textual. Los autores sintetizan las posiciones, entre otros, de los modelos de base textual explícita, la hipótesis minimalista, el modelo de predicción-sustanciación y, por supuesto, la teoría constructivista, desarrollada por Graesser y su equipo, la que incorpora los objetivos del lector a la generación de inferencias. Tras defender la plausibilidad del modelo constructivista, el capítulo explora brevemente la comprensión de textos li-

terarios reales y las principales aplicaciones de los hallazgos expuestos, en la educación, el diseño de materiales y la edición.

A pesar de su brevedad, el capítulo reseñado sintetiza magistralmente el amplio horizonte de la psicología del discurso, mostrando los enormes aportes y la vigencia que el enfoque cognitivo tiene para una mejor comprensión de esta unidad. Si bien los autores defienden la teoría constructivista, presentan equilibradamente las visiones alternativas y enmarcan globalmente el proyecto en el campo interdisciplinario de la ciencia cognitiva, mostrando que los diversos modelos buscan no sólo adecuarse al procesamiento real del discurso sino también contribuir al desarrollo de teorías generales de la cognición.

2.12. El capítulo 12, "Cognición social y discurso" (pp. 453-489), escrito por Condor y Antaki, constituye un interesante contrapunto al anterior. En efecto, si el capítulo 11 partía del supuesto de que la mente humana, entendida como un sistema individual de procesamiento de información, era responsable de la representación y comprensión del discurso, el presente artículo defiende una visión no mentalista de la cognición social en que el discurso es un acontecimiento que se construye en la interacción de personas que pertenecen a culturas y grupos sociales específicos.

El capítulo comienza distinguiendo dos concepciones de cognición social: de un lado, la posición dominante en psicología cognitiva, que se centra en el estudio de los procesos mentales implicados en la representación de los objetos sociales; del otro, la postura defendida por los autores, que se orienta "hacia la naturaleza social de los perceptores y al mundo social que ellos construyen" (p. 484). Ambas contrastan pues mientras la primera emplea los fenómenos psicológicos cognitivos —esto es, individuales y mentales— como variables explicativas, la segunda busca explicaciones sociales y, en un extremo, llega a definir las acciones y opiniones de las personas como fenómenos discursivos y no cognitivos. En este sentido, las dos posiciones difieren en relación tanto con lo que consideran "datos" pertinentes como con el tratamiento dado al discurso. Mientras la primera ve el discurso como manifestación de procesos cognitivos e intenta determinar cómo los sesgos mentales pueden interferir en su procesamiento adecuado, la segunda trata el discurso como un "recurso cultural" (p. 454), indagando en la construcción conjunta del discurso en la interacción social.

La cognición social mentalista se preocupa, de un lado, de la categorización de los fenómenos del mundo y, del otro, de los procesos de combinación y cálculo a que sometemos la información provista por estas categorías. En lo que respecta a la categorización, los autores sintetizan la revolucionaria influencia de los enfoques prototípicos, desarrollados a partir del trabajo de Rosch (1978), y su proyección en el modelo cognitivo de Lakoff (1987), el que se califica de universalista y se contrasta con modelos retóricos y sociológicos que conceptualizan las categorías como conceptos variables y estratégi-

cos. La caracterización del modelo de categorización de Lakoff como universalista y naturalizante nos parece, sin embargo, inadecuada, toda vez que Lakoff plantea la posibilidad de categorías universales de origen evolutivo, categorías generales que emergen de la experiencia común de los seres humanos en sociedad y conceptualizaciones específicas de culturas y grupos humanos particulares. Más aún, las ideas mismas de un modelo cognitivo idealizado y una metáfora conceptual desarrolladas por este autor pueden dar cuenta, a nuestro juicio, de los usos estratégicos de las categorías. En cuanto a los procesos, el capítulo revisa la inferencia social, el papel de los esquemas y modelos (ya vistos en el capítulo anterior), la atribución de causas y las actitudes. En todos éstos, el foco siguen siendo el individuo y fenómenos tales como los sesgos en el juicio, que podrían conducir, por ejemplo, a estereotipos discriminatorios. La idea subyacente es que el estudio de procesos mentales individuales, normalmente automáticos e inconscientes, puede dar cuenta de las prácticas discursivas socialmente relevantes y ayudarnos a superar errores en la comprensión y producción del discurso.

La segunda postura, defendida por los autores, plantea que la cognición es "un producto social bajo un régimen de propiedad compartida" (p. 465). Este antimentalismo puede manifestarse enmarcado en una de tres perspectivas que, progresivamente, se apartan de los estudios tradicionales o individualistas: en primer lugar, la de quienes conciben "al individuo como portador de una cultura particular o de un conjunto de ideologías compartidas"; en segundo término, la de quienes estudian a los sujetos como "miembros de grupos distintos, con intereses particulares compartidos"; finalmente, en el extremo, la de quienes estudian los procesos de intercambio interpersonal y su papel en la construcción conjunta de la realidad social. El capítulo revisa a autores de cada una de estas tendencias, resaltando sus discrepancias con los estudios enmarcados en la corriente principal (el mentalismo). Así, por ejemplo, para Billig (1987) la categorización y la formación de estereotipos obedecerían a posiciones retóricas adoptadas por los sujetos en las interacciones verbales y que descansan en nociones ideológicas más abarcadoras en su cultura, mientras que para van Knippenberg la formación de estereotipos sociales obedecería a estrategias políticas significativas al interior de sistemas ideológicos de grupos específicos. La postura más radical se ejemplifica, entre otros, con la obra de Derek Edwards (1991), quien caracteriza los fenómenos cognitivos no como objetos mentales sino como actividades situadas en ciertos contextos discursivos. Así, las categorizaciones, por ejemplo, pueden entenderse como "descripciones contingentes y localizadas que tienen una función en la promoción de ciertos proyectos a costa de otros" (p. 477).

Como se señaló al inicio de este segmento, la síntesis presentada por el capítulo de Condor y Antaki contrasta fuertemente con el capítulo anterior. En este sentido, hubiera sido deseable un diálogo más explícito entre ambos. No obstante, el lector interesado, o el profesor, puede construir este diálogo a par-

tir de ciertos pasajes en los textos, como ocurre respecto del tratamiento de temas como la categorización, los esquemas y modelos mentales y, en menor grado, las inferencias. Resta por saber, en todo caso, si esta nueva concepción puede aportar a otras disciplinas las categorías precisas con que la psicología cognitiva mentalista contribuye a, por ejemplo, la semántica del discurso.

3. *Conclusión*

El libro reseñado es, hasta donde sabemos, la más completa y actualizada introducción en español al estudio de las estructuras del discurso y los procesos implicados en su uso. Muchos de sus capítulos, aunque no todos, presentan sintéticamente el estado actual en el área que se expone, distinguiendo orientaciones y defendiendo las perspectivas de los autores. Junto con ello, todos los artículos muestran, cuando es pertinente, aplicaciones de los métodos presentados, y en la mayoría de los casos se adjunta una serie de lecturas recomendadas y muchas veces comentadas. Por todo ello, y como se señalaba al inicio de esta reseña, el volumen constituye, a nuestro juicio, una herramienta utilísimas para la introducción del todavía nuevo y heterogéneo campo de los estudios del discurso, un dominio multidisciplinario que normalmente se enseña en cursos avanzados de pregrado o en el postgrado. La amplitud de las perspectivas expuestas y la calidad de los autores que participaron del proyecto enfrentará al estudiante a un universo complejo pero intelectualmente cautivante, donde se enfrentan posturas tan dispares como el mentalismo y la psicología discursiva. Con todo, creemos que por esta misma amplitud y heterogeneidad el profesor debiera tomar este texto como un material de trabajo a partir del cual podrían asignarse actividades ulteriores como las de contrastar posiciones y resolver cuestionarios, entre otras. La organización en cierto sentido caleidoscópica del texto lleva a que algunos temas recurran en varios capítulos y que, a pesar de no explicitarse, ciertas posturas dialoguen o entren en conflicto con otras. Nos parece que estos recorridos de lectura transversal pueden originar interesantes debates en clases y servir de punto de partida para investigaciones más profundas.

Por supuesto, el libro no está exento de problemas y deficiencias. Por una parte, el propio editor reconoce el predominio excesivo de los autores anglosajones y la bibliografía en inglés. Los autores europeos continentales, para no hablar de los latinoamericanos o del resto del mundo, están escasamente representados aquí (J.M. Adam no figura, por ejemplo, en ningún capítulo). Interesante, a este respecto, resulta el caso de Bajtín, uno de los autores más citados en el volumen y cuyo impacto probablemente se debe no a su filiación en la tradición académica rusa sino a su recepción por parte de los académicos estadounidenses. Con todo, Bajtín no sustenta directamente ninguno de los enfoques presentados, mientras que Halliday (el autor más citado,

según el índice onomástico del libro) es la fuente última del capítulo sobre los géneros del discurso⁴.

También reconocida por el editor es la ausencia de los estudios del estrato fónico del discurso. A esta ausencia se suma otra que pasa inadvertida: la de los estudios de la escritura, tema de gran relevancia en la investigación aplicada. Tampoco es claro por qué no se consideró un capítulo que tratara la relación entre cerebro y discurso: los avances en este campo han sido gigantescos en el último decenio, lo que indica que los desarrollos en ciencias sociales y humanas pueden contribuir a la investigación en ciencias tradicionalmente consideradas más duras. Otro problema del libro, a nuestro juicio, es que los análisis aportados como ejemplos privilegian también el inglés y sólo en uno de los capítulos se analiza un texto en portugués de Brasil. Habría sido deseable, a nuestro juicio, más que una traducción estricta, una adaptación que presentara ejemplificaciones de los modelos en textos en español. Finalmente, discrepamos de algunas de las traducciones, como ocurre con el empleo sistemático del verbo "comandar" y no "mandar" para el inglés "to command", tal y como se observa en el siguiente fragmento:

For example, the most congruent grammatical form in which to realize the semantic act 'command' is the imperative. (Van Dijk, 1997, pp. 245-246)

Por ejemplo, la forma gramatical más congruente para realizar el acto semántico "comandar" es la imperativa. (Van Dijk, 1997, p. 356)

Más allá de algunos aspectos que puedan discutirse, la publicación en español de este volumen constituye, sin duda, un gran paso en el camino de consolidar la investigación pertinente en nuestros países. Especialmente notable resulta la visión compleja y dinámica del discurso como un fenómeno tridimensional, a la vez lingüístico, mental y social, que se sostiene en prácticamente todos los capítulos del libro. Los estudios del discurso han pasado a ser, en los últimos años, un campo de enorme interés para la investigación teórica y aplicada. Es de esperar que en una próxima edición de este libro la participación de autores latinoamericanos haya aumentado sustancialmente, como reflejo del aumento en la cantidad y calidad de nuestra investigación.

NOTAS

1. Y esto a pesar de que en el mismo libro ambos términos se consideran equivalentes.
2. No obstante, el fantasma de Bajtin recorre gran parte de los capítulos del presente volumen y parece constituir uno de los referentes más citados en la actual etapa de los estudios discursivos.
3. Se trata, por cierto, de antecedentes próximos. Si uno mira más atrás vuelve a encontrar posiciones que hoy podríamos llamar funcionalistas. Así, por ejemplo, ocurre con la observación de Lenz (1935) sobre la naturaleza de las pasivas y que hoy podríamos leer como una aplicación anticipada de la perspectiva funcional de la oración praguense.

4. Por supuesto, el capítulo sobre argumentación es una excepción a lo que aquí se indica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADAM, J. M. (1985). *Le texte narratif*. París: Nathan.
- BERMAN, R. A. Y SLOBIN, D. Y. (1994). *Relating Events in Narrative. A Crosslinguistic Developmental Study*. Hillsdale NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- BEAUGRANDE, R. DE Y DRESSLER, W. (1997). *Introducción a la lingüística del texto*. Barcelona: Ariel. (Primera edición en inglés de 1981).
- BERNARDEZ, E. (1982). *Introducción a la lingüística del texto*. Madrid: Espasa-Calpe.
- BILLIG, M. (1987). *Arguing and thinking: A rhetorical approach to social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BOLINGER, D. (1952). *Forms of English*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- BROWN, G. Y YULE, G. (1993). *Análisis del discurso*. Madrid: Visor. (Primera edición en inglés de 1983).
- CALSAMIGLIA, H. Y TUSÓN, A. (1999). *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel.
- COSERIU, E. (1983). *Lingüística del texto*. San Juan: Universidad Nacional de San Juan.
- COULTHARD, M. (1985). *An Introduction to Discourse Analysis*. Nueva York: Longman.
- VAN DIJK, T. (1997). *Discourse as Structure and Process*. Londres: Sage.
- EDWARDS, D. (1991). Categories are for talking: on the cognitive and discursive bases of categorization. *Theory and Psychology*, 1, 515-542.
- FIRTH, J. (1968). *Selected Papers of J. R. Firth 1952-1959 (ed. J. R. Palmer)*. Londres: Longman.
- GARCÍA, E. (1975). *The role of theory in linguistic analysis. The Spanish pronoun system*. Amsterdam: North Holland.
- GENETTE, G. (1980). *Narrative discourse: An essay in method*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- GIVÓN, T. (1995). *Functionalism and Grammar*. Amsterdam: John Benjamins.
- GRICE, H. P. (1975). Logic and conversation. En Cole, P. y Morgan, J.L. (Eds.). *Syntax and semantics. Vol. 3: Speech Acts*. pp. 41-58. New York: Academic Press.
- HALLIDAY, M. A. K. (1985). *An Introduction to Functional Grammar*. Londres: Edward Arnold.
- HOPPER, P. (1988). Emergent grammar and the a-priori grammar postulate. En Tannen, D. (ed.). *Linguistics in Context: Connecting, Observation, and Understanding*. pp. 117-134. Norwood, NJ: Ablex.
- HOPPER, P. Y THOMPSON, S. (1980). Transitivity in grammar and discourse. *Language*, 56, (2), 251-299.
- HYMES, D. (1968). The ethnography of speaking. En Fishman, J. (Ed.). *Readings on the sociology of language*. pp. 99-138. The Hague: Mouton.
- JOHNSON, M. (1987). *The Body in the Mind. The Bodily Basis of Meaning, Imagination and Reason*. Chicago: The University of Chicago Press.
- JUST, M.A. Y CARPENTER, P. A. (1987). *The psychology of reading and language comprehension*. Boston: Allyn and Bacon.
- KINTSCH, W. (1974). *The representation of meaning in memory*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- KINTSCH, W. Y VAN DIJK, T. (1978). Toward a model of text comprehension and production. *Psychological Review*, 85, 363-394.
- LANDAU, B. Y JACKENDOFF, R. (1993). 'What' and 'where' in spatial language and spatial cognition. *Behavioral and Brain Sciences*, 16, 217-265.

- LANGACKER, R. (1988). A usage-based model. En Rudzka-Osryn, B. (Ed.). *Topics in Cognitive Linguistics*. pp. 127-161. Amsterdam: John Benjamins.
- LAVANDERA, B. (1985). *Curso de introducción para el análisis del discurso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- LENZ, R. (1935). *La oración y sus partes*. (3ª ed.). Madrid: Publicaciones de la Revista de Filología Española.
- LAKOFF, G. (1987). *Women, Fire, and Dangerous Things*. Chicago: The University of Chicago Press.
- PERELMAN, C. Y OLBRECHTS-TYTECA, L. (1969). *The New Rhetoric: a Treatise on Argumentation*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- PIKE, K. L. (1967). *Language in Relation to the Unified Theory of the Structure of Human Behavior*. The Hague: Mouton.
- REDDY, M. (1979). The conduit metaphor. En A. Ortony (Ed.). *Metaphor and Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- RICOEUR, P. (1988). *Time and Narrative*. Chicago: Chicago University Press.
- ROSCH, E. (1978). Principles of Categorization. En Rosch, E. Y Lloyd, B.B. (eds.). *Cognition and Categorization*. pp. 27-48. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- TANNEN, D. (1990). Discourse analysis: The excitement of diversity. *Text*, 10, (1/2), 109-111.
- TOULMIN, S. E. (1958). *The Uses of Argument*. Cambridge: Cambridge University Press.
- VAN DIJK, T. (1997). *Discourse as Structure and Process*. Londres: Sage.
- VAN EMEREEEN, F. H. Y GROOTENDORST, R. (1992). *Argumentation, communication and fallacies: a pragma-dialectical perspective*. Heiltsdaly, NJ: Lawrence Erlbaum.
- VOLOSHINOV, V. (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión. (Primera edición de 1930. Como se sabe, existe discusión sobre la real autoría del texto).

Guillermo Soto
 Universidad de Chile
 Pontificia Universidad Católica de Chile
 gsoto@uchile.cl